

M.^a ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

ISABEL DEL CASTILLO
ARISTA

El don de saber estar

NARCEA, S. A. DE EDICIONES

ÍNDICE

| | |
|-----------------------------|----|
| SIGLAS Y ABREVIATURAS | 10 |
| INTRODUCCIÓN | 11 |

LA PERSONA Y EL TIEMPO

| | |
|--|----|
| 1. UNA IMPORTANTE ETAPA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA | 17 |
| Amanecer en Linares. La España fragmentada. "Los intelectuales". La Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Las decepciones y las esperanzas de la paz. "Los felices años veinte". "De pronto todo cambió". | |

PRIMERA ETAPA, 1890-1914

"PERTENECE A LA OBRA DESDE SU FUNDACIÓN"

| | |
|---|----|
| 2. NO SOLO LOS VÍNCULOS DEL PARENTESCO, SINO LOS DE LA HERMANDAD ESPIRITUAL | 37 |
| La amplia familia linarense. Una niña inteligente y bondadosa. En 1905, a los quince años. De la mano de Teresa de Jesús. "El espíritu que la Obra requiere". Maestra de Primera Enseñanza Elemental. | |
| 3. EN LA ACADEMIA DE SANTA TERESA DE JESÚS DE OVIEDO. | 55 |
| "La casa primera, la que yo fundé directamente". Los buenos propósitos de una buena maestra. ¿Solo Inspectora de orden de la Academia-Internado? Maestra de Primera Enseñanza Superior. | |

SEGUNDA ETAPA, 1914-1924

“¿QUERÉIS SABER EL PORQUÉ DE TODO?”

4. EN LA “CASA DE LA OBRA TERESIANA EN MADRID”: EL CENÁCULO DE LA MUJER ESTUDIOSA..... 83
 “Ella, y no yo, era quien lo dirigía todo con gran contento mío”. “Salimos victoriosos sin la fusión”. En el primer organismo coordinador de la Obra Teresiana. Afir-
 mación del *teresianismo* de la Obra de las Academias.
5. EN EL PROCESO CONSTITUTIVO DE LA INSTITUCIÓN TERESIANA..... 105
 ¿Por qué una Institución? Algo sustancial; algo estable y permanente. Los “cuadernos” de Isabel. La tarea de fundar. Obra de la Iglesia. Isabel, la primera de las catorce primeras. Una Institución recién constituida que crece y se consolida.
6. LO INESPERADO Y HACIA LO DEFINITIVO 125
 Cuando Antonia murió. Isabel, del Segundo Directorio de la Institución Teresiana. La Institución y sus personas, en primer lugar. La constitución compleja de la única Institución Teresiana. El sufrimiento y la entrega de la vida. En la Sede social de la Institución Teresiana en Madrid.
7. EL DÍA A DÍA DE UNA IMPORTANTE GESTIÓN 151
 ¿Solicitar la aprobación pontificia? Las decisiones de 1922. La constitución definitiva de la Institución Teresiana. A través del Diario escrito por Isabel: Roma, octubre de 1923. Con un telegrama en la mano: “CONCEDIDA PÍA UNIÓN PRIMARIA POR BREVE”.

TERCERA ETAPA, 1924-1932

DISCRETA Y EFICAZ VICEDIRECTORA
DE LA INSTITUCIÓN TERESIANA

8. SACRIFICIO, ABNEGACIÓN Y ENTREGA A LA OBRA 181
Te Deum laudamus. En la organización del I Congreso Nacional de Educación Católica. Directora del *Boletín de la Institución Teresiana*. “El Noticierillo”. En el gobierno y la Administración General de la Institución Teresiana. Cercana a las personas.

| | |
|---|-----|
| 9. “VENCIMIENTO DE LA MAÑANA A LA NOCHE...” | 207 |
| Reelegida Vicedirectora General. También Administradora General. Cuando la situación de España se hizo “pura y absoluta inquietud”. “Reuma y otras vejeces”. Una vida nueva: Viernes de Dolores de 1932. Almas gemelas. | |
| EPÍLOGO..... | 235 |

ANTOLOGÍA DE ESCRITOS

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN | 239 |
| 1. APUNTES PERSONALES | 241 |
| 2. DIARIO DEL VIAJE A ROMA, OCTUBRE DE 1923 | 245 |
| 3. CARTAS | 285 |
| 4. UN ESCRITO ESPIRITUAL: ORACIÓN DEL VÍA CRUCIS | 305 |
| PUBLICACIONES: ESCRITOS DE ISABEL DEL CASTILLO Y SOBRE ISABEL DEL CASTILLO..... | 309 |

INTRODUCCIÓN

“La biografía será un elemento esencial para entender una época” decía el historiador Julio Caro Baroja, y si esta es una apreciación que puede generalizarse, resulta todavía más procedente cuando se aplica a personas o situaciones concretas.

¿Podríamos comprender hoy la historia de la Institución Teresiana en su identidad y en su amplia etapa fundacional prescindiendo de la figura señera de Isabel del Castillo? O mejor: ¿don Pedro Poveda hubiera podido fundar la Institución Teresiana sin la singular y cualificada colaboración de Isabel? Puede sorprender la pregunta porque, deliberadamente, Isabel nunca ocupó un primer lugar; no es la figura que, saliendo siempre al paso de todo como ella hizo, se dejara ver en el primer plano de la foto. Y, sin embargo, ahí estaba la imprescindible Isabel, dándolo todo, pero sabiendo estar. Lo que ella siempre pretendió es que saliera adelante la Institución Teresiana y, en realidad, la mejor biografía de Isabel es la historia de una Institución que se fue haciendo en sus manos y en su corazón hasta poder ofrecer una lograda realidad en 1932, cuando a los 41 años había cumplido plenamente su misión.

Don Pedro Poveda había aprendido en Guadix, y no lo olvidó nunca, que la renuncia a todo género de protagonismo es la cualidad imprescindible de quien se sabe y se siente instrumento de Dios. Así vivió él, aunque los trabajos que realizó, las comisiones que se le confiaron, los puestos que ocupó y el hecho mismo de ser el fundador de la Institución Teresiana le otorgaron más relevancia de la que él hubiera deseado. Pero nunca le faltó la más completa discreción, nunca desaprovechó la ocasión de ceder a otros el primer lugar.

Isabel del Castillo y Antonia López Arista, nacidas ambas en Linares, desde 1906 se habían acogido a la ayuda espiritual de

su primo Pedro, comenzando un camino del que solo la provi-
dencia de Dios les fue marcando los pasos. Si a la muerte de
Antonia en 1918, Isabel pudo decir que “amó una santa quime-
ra” porque todavía la Institución Teresiana estaba en proceso de
constitución, en 1932 ella dejó una Obra hecha, plenamente
identificada, organizada en su interior y bien relacionada en
ambientes eclesiásticos y civiles. Faltó Isabel, pero quedó lo que
había sido su vida, su amor, el objeto de su intensa y extensa
actividad, el motivo de su afecto y de su vida espiritual.

Fue un acierto que, en 1910, antes de la fundación de la prime-
ra Academia de Santa Teresa, el Padre Poveda le sugiriera que
estudiase Magisterio examinándose en Córdoba, porque en Lina-
res no había Escuela Normal. Y también lo fue que, en octubre de
1912, apenas obtenido el título de Maestra Elemental, le pidiera
que continuara sus estudios en Oviedo, cuando la recién fundada
Academia Teresiana comenzaba su segundo curso de vida, ini-
ciando en él un pequeño internado. ¿Qué podía hacer allí una
estudiante recién llegada de Andalucía a un ambiente completa-
mente nuevo para ella? Saber estar. Esto es lo que hizo de mara-
villa y lo que contribuyó a que la Academia saliera adelante, por-
que poco después, en julio de 1913, el padre Poveda dejó
Covadonga para trasladarse a Jaén. Pero allí quedó Isabel, que no
era ni directora, ni profesora, ni administradora..., pero supo es-
tar y cumplir su misión; terminó sus dos años de Magisterio Su-
perior y dejó consolidada y en marcha la Academia.

Cuando don Pedro le pidió en octubre de 1914, apenas ter-
minados brillantemente sus estudios en Oviedo, que se trasla-
dara a la casa recién fundada –en mayo– en Madrid y cursara
los estudios de la Escuela Superior del Magisterio, Isabel tenía
aprendida la lección. No fue ni directora, ni administradora,
ni... y, sin embargo, lo fue todo en esa primera Residencia feme-
nina universitaria de España. Concluyó sus estudios en 1919,
con el número 1 de su Sección y, mientras tanto, había ido sa-
liendo al paso de todo, incluidos los sucesivos traslados de esta
Residencia hasta llegar a la casa de la calle de la Alameda, que
ella buscó y gestionó el modo de adquirir.

Pero entonces acaba de morir Antonia, que desde 1917 for-
maba parte del primer Directorio de la Institución Teresiana jun-
to con el fundador y M^a Josefa Segovia. Fue llamada Isabel para
sustituirla, ahora sí, como miembro del segundo Directorio, a
partir de diciembre de 1918. Pero en 1922, a la vez que al padre
Poveda dejó de formar parte del Directorio, amplió a siete el

número de miembros, creando los cargos de Directora General –Josefa Segovia–, de Vicedirectora General en Isabel del Castillo y cinco Vocales. María Josefa e Isabel fueron confirmadas en sus cargos, mediante votación, en la I Asamblea General de la Institución Teresiana (1928).

Isabel continuó asumiendo responsabilidades sin ser notada, sin hacer sombra, sin atribuirse logros ni escatimar esfuerzos. En una Institución que se estaba formando, desde 1917 intervino directamente en la fundación de Academias para estudiantes de Magisterio; le tocó contactar con personas, buscar edificios, ver el modo de adquirirlos... Pronto también se encontró con la necesidad de planificar la manera de administrarlas, para lo cual ella misma tuvo que prepararse, consultar y decidir; y a ella se deben los modelos de cuentas y formar y llevar día a día de la mano, orientándoles y respondiendo a sus consultas, a las que habían de ser las administradoras, que poco a poco fueron aprendiendo su oficio. Esta tarea fue singularmente importante cuando, a la muerte de Antonia, la Institución se vio privada de la aportación económica que ella solía hacer. Pero pudo superarse la situación. La aludida I Asamblea General creó en Isabel el cargo de Administradora General. Ya lo era, en realidad, desde hacía tiempo.

Además de Pía Unión de fieles en lo eclesiástico, la Institución Teresiana contaba para sus bienes con una Fundación, pronto declarada Benéfico-docente particular, regida por el correspondiente Patronato, y a Isabel le tocó también gestionar las relaciones con la Fundación y con las autoridades civiles.

No fue ajena tampoco Isabel a la relación con las autoridades eclesiásticas, comenzando por la visita del Nuncio apostólico a la Academia de Madrid en 1917, y con un momento crucial en el viaje a Roma, junto con Josefa Segovia y Eulalia García Escriche, para suplicar la aprobación pontificia de la Institución Teresiana. Isabel no fue mera acompañante; a ella le encomendó el fundador escribir el diario de este viaje, fuente principalísima sobre tan trascendental acontecimiento.

Además, desde muy pronto, a partir de 1919, Isabel se hizo cargo del *Boletín de la Institución Teresiana*, una publicación que creció y se cualificó altamente en sus manos. Con todo, a la altura de 1926 se hacía necesaria una nueva publicación que ofreciera a los miembros noticias frecuentes y detalladas del vivir interno de la Obra. ¿Quién asumió la responsabilidad del llamado “Noticierillo” que cada mes llegaba a las manos de quienes tanto lo esperaban? Hasta su muerte se ocupó Isabel de proporcionar esta

información. Con un inconveniente para nosotros, pensamos hoy: si la redacción del “Noticierillo” hubiera estado en otras manos, ¿cómo iba a faltar la referencia a la incansable actividad de Isabel en todas y cada una de sus páginas? Pero así, solo muy de vez en cuando aparece alguna noticia sobre “la Srta. del Castillo”. Hasta el final, hasta que se descubre como autora, y nos explicamos que muchas de las actividades descritas en impersonal – como si se hicieran solas– se debieron a quien sabía muy bien de qué estaba informando.

Isabel había ido cumpliendo paso a paso su misión en entrañable y casi cotidiana relación con el fundador y con M.^a Josefa Segovia, y, cuando en marzo de 1932 una rápida enfermedad acabó con su vida, pudo dejar funcionado y, casi todas con edificios propios, en varios de los cuales se habían hecho obras de ensanche o adaptación, diecisiete Academias para estudiantes de Magisterio (Oviedo, Linares, Jaén, Málaga, León, Teruel, Barcelona, Ávila, Burgos, San Sebastián, Córdoba, Bilbao, Alicante, Sevilla, Santander, Santiago de Compostela y Valencia); el Instituto Católico Femenino de Madrid; cinco Residencias universitarias (tres en Madrid, Santiago de Compostela y Valladolid) y la Casa Central o Domicilio Social de la Institución Teresiana en Madrid, además de la presencia en el Santuario mariano de Riánsares (Cuenca) y algunos lugares para descanso o recuperar la salud. Isabel había llamado a las puertas de quienes podían colaborar; había obtenido donaciones y ayudas y, aunque “viviendo siempre en un puro aprieto”, había ido sacando adelante la gestión económica de la Institución. También se ocupó Isabel de las Asociaciones de Antiguas Alumnas y Cooperadoras; mantuvo un buen número de amistades y no pocas alumnas, sobre todo las de la casa de la calle Alameda de Madrid, mantuvieron con ella una estrecha relación personal primero, y epistolar después.

Isabel supo hacer mucho y, lo que era más difícil, supo estar. ¿Podríamos separar su biografía de su construir desde dentro la Institución Teresiana, gestionar las sedes de las actividades, informar y armonizar a las personas, requerirles lo mejor a cada una y, en palabras del fundador, “tomar para sí el trabajo en las obras, y ceder la representación y los honores a los demás”?

4. UN ESCRITO ESPIRITUAL: ORACIÓN DEL *VIA CRUCIS*

28. I. Te contemplo, Jesús mío, escuchando en silencio y acatando la más injusta de las sentencias.

Te prometo no disculparme jamás aunque me acusen injustamente.

Te pido la gracia de cumplir en este mundo las sentencias que merezcan mis innumerables faltas.

Te sigo hasta el Calvario llena de dolor. Pequé, etc.

II. Te contemplo, Jesús mío, tomando la carga de pecados ajenos, de mis propios pecados.

Te prometo no quejarme de mis pequeñas cruces.

Te pido des a nuestros superiores fuerzas para llevar la carga de nuestras imperfecciones y acierto en la corrección de ellas.

Te sigo hasta el Calvario llena de dolor. Pequé, etc.

III. Te contemplo, Jesús mío, humillado hasta la tierra, tocando el polvo vuestro Divino Rostro.

Te prometo colocarme siempre en el último lugar.

Te pido por las Teresianas que tienen que dirigir y gobernar para que las fundes en humildad y te dejen obrar siempre a través de ellas.

Te sigo hasta el Calvario llena de dolor. Pequé, Señor, etc.

IV. Te contemplo, Jesús mío, ante el doloroso martirio del corazón viendo sufrir a tu amantísima Madre.

Te prometo conformidad absoluta a tu adorable voluntad cuando vea sufrir a las personas que amo.

Te pido por las familias de las Teresianas para que sepan ofrecer con mérito el sacrificio de las separaciones sufridas por medio de la Obra.

Te sigo hasta el Calvario llena de dolor. Señor, pequé etc.

V. Te contemplo, Jesús mío, teniendo que ser socorrido y ayudado por un extranjero por abandono de los tuyos.

Te prometo no negar mi ayuda ni a mis enemigos ni a las personas que me son antipáticas.

Te pido por que las Teresianas te hagan tan agradable la estancia en nuestras casas que no tengas que buscar descanso y consuelo en otra parte.

Te sigo al Calvario llena de dolor. Señor, pequé.

VI. Te contemplo, Jesús mío, dando ocasión a la Verónica para que ejercite contigo la mayor caridad que recibiste en tu pasión.

Te prometo ejercitar la mía con aquellas personas más abandonadas y más repulsivas.

Te pido que concedas a la Institución Teresiana la práctica del verdadero celo y caridad para tu mayor gloria.

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Señor, pequé, etc.

VII. Te contemplo, Jesús mío, caer desfallecido y levantarte de nuevo para continuar tu obra redentora.

Te prometo no mostrar a nadie mis fatigas y cansancios ocultando con sonrisas todos los padecimientos.

Te pido por las Teresianas enfermas para que lleven contigo la cruz de sus dolores.

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Señor, pequé...

VIII. Te contemplo, Jesús mío, enseñándonos como Maestro a olvidarnos de nuestros dolores para consolar al prójimo.

Te prometo ocuparme de las alumnas hasta el olvido de mi misma.

Te pido por ellas para que sean siempre del número de las que te siguieron al Calvario llorando por ti y compadeciéndote.

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Señor, pequé...

IX. Te contemplo, Jesús mío, caído tercera vez en tierra sufriendo la ira de tus enemigos a los que no aplacan tus torturas y sangre (lo mismo que has sufrido siempre mis reincidencias en el pecado).

Te prometo apartarme de las ocasiones, sobre todo de aquellas en que más te ofendí.

Te pido por aquellas personas más allegadas nuestras, caídas en el pecado y vicio sin acordarse de Ti.

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Pequé, Señor...

X. Te contemplo, Jesús mío, soportando las injurias de los que miran sin recato la desnudez, mientras sale a raudales la sangre de tus llagas al arrancar las ropas que las oprimían.

Te prometo mortificar mi cuerpo y mis sentidos, especialmente el de la vista.

Te pido perdón y misericordia por las almas inmodestas y sensuales, y que nuestras alumnas brillen siempre por su pureza y recato en el vestir.

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Pequé, Señor...

XI. Te contemplo, Jesús mío, clavándote a la cruz por amor más aún que con los clavos de tus enemigos.

Te prometo ciega obediencia a los superiores que en tu nombre me gobiernan.

Te pido [sic].

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Pequé, Señor...

XII. Te contemplo, Jesús mío, muerto en la cruz entre dos ladrones, y ente el cielo y la tierra a los que unes.

Te prometo vivir suspendida en la cruz y sin buscar apoyo en la tierra ni ponerlo en el cielo; sólo buscar tu santa voluntad (ansiendo solamente el cumplimiento de tu santa voluntad).

Te pido la verdadera santidad que con tu solo amor vive dichosa.

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Pequé, Señor...

XIII. Te contemplo Jesús mío en el único lecho digno de Ti: los brazos de tu Purísima Madre.

Te prometo mirar y amar tus sacratísimas llagas como el más abundante caudal de las misericordias divinas.

Te pido ofrezcas al Eterno Padre esas llagas gloriosas como medicina de las nuestras que te causamos con nuestras maldades.

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Pequé, Señor...

XIV. Te contemplo, Jesús mío, envuelto en un sudario recibiendo sepultura en carne mortal el Santísimo Cuerpo, el último homenaje de tus pocos amigos.

Te prometo ejercer la caridad con los moribundos siempre que tenga ocasión, y cuidar de las enfermas como si a Ti mismo cuidara.

Te pido por los amigos y bienhechores de la Institución para que les devuelvas con creces los servicios que prestan en ella.

Te sigo hasta el Calvario ahora y siempre llena de dolor. Pequé, Señor...

Muestra gratuita

EPÍLOGO

Isabel murió el día entonces llamado “Viernes de Dolores”, en las vísperas de la Semana Santa de 1932. No era una época de paz, y por esas fechas el fundador estimuló a la no violencia, al silencio, a la oración. Repitió una y mil veces la necesidad de la mansedumbre, la bondad, la afabilidad. ¿En este contexto, no le vendría muchas veces a la mente y al corazón la figura serena, simpática, entrañable y cordial de Isabel? Su escrito programático para la Semana Santa de 1935 parece un homenaje a su recuerdo:

“Sé austero para ti, benigno para los demás; que los hombres te oigan mandar poco y hacer mucho.

Convengamos en que sea este nuestro programa. Ya está con-signado en muchos escritos míos, no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido. Vamos a guardar los rigores, las austeridades, la rectitud, la santa intransigencia, la rudeza, para nosotros mismos; y vamos a ser cada día más austeros, más mortificados, más penitentes, más humildes, más desprendidos. Vamos a quitar de nosotros todo eso que nos indigna, que nos impacienta, que nos subleva visto en los demás; vamos a practicar todo lo bueno, todo lo que vemos en el prójimo que nos edifica y mueve y enfervoriza.

Pero vamos a ser con las alumnas, con los que de nosotros dependen, con las que formamos, con las que nos rodean, con los criados, con todos; benignos, dulces, transigentes, caritativos, amables, condescendientes, afables, bondadosos. Veréis qué bien resulta nuestra actuación; veréis cuánta gloria damos a Dios; veréis cómo Nuestro Señor aprueba este programa bendiciendo nuestros trabajos y concediéndonos la alegría de ver el fruto de nuestro sacrificio, aun aquí en la tierra.

Vamos además a mandar muy poco, casi nada; vamos a des-terrar la palabra *mando*: vamos a pedir por amor de Dios, vamos a rogar por favor, vamos a agradecer el que se nos complazca en tal o cual cosa, y al propio tiempo vamos a *hacer* nosotros mucho, a ser los primeros en hacer, a ser los primeros en puntualidad, en trabajo, en silencio, en recogimiento, en devoción, en estudio, en caridad, en servir al prójimo olvidándonos de nosotros mismos. P. Poveda.

Madrid-Semana Santa 1935”.